

Al llegar al extremo, atravesó, rápido como un gamo acosado, el espacio libre, encontrándose al pié de la fachada oculto en la sombra proyectada por el edificio.

Dió algunos pasos atrás, fijos los ojos en la ventana, pero sin salir de la sombra.

Llegado despues al punto deseado dió tres palmadas.

A esta señal, vióse en el aposento una sombra graciosa, flexible, casi trasparente acercarse á la ventana.

Repitió Morgan la señal.
Abrióse entonces la ventana, y una hermosa jóven, cuya rubia cabellera caia recogida sobre sus hombros, apareció entre la verdura.

Extendió el jóven los brazos hácia la que los extendia tambien hácia él, y dos nombres, ó mejor, dos gritos salidos del corazon, se cruzaron en encontradas direcciones.

—Carlos!—Amelia!

Trepó entonces el jóven por la pared, y cogiéndose á las ramas que caian del balcon y aprovechando las casi imperceptibles desigualdades de la pared y el labrado de las cornisas, hallóse en un instante al lado de aquella encantadora beldad.

Lo que los dos jóvenes se dijeron entonces fué solo un murmullo de amor perdido en un interminable beso.

Pero con dulce esfuerzo entró el jóven con un brazo á su compañera en el cuarto, mientras con el otro soltaba la cuerda de la persiana que se cerró con estrépito.

Trás la persiana cerróse la ventana.
Apagóse luego la luz, quedando toda la fachada del castillo de Fuentes-Negras en la mas completa oscuridad.

Un cuarto de hora despues oyóse el ruido de un coche en el camino que sale de la carretera de Pont-d'Ain con direccion al castillo.

Cesó de repente el ruido, lo cual daba evidentemente á entender que acababa de pararse el coche á la puerta de Fuentes-Negras.

V.

La familia de Roland.

El coche que acababa de pararse á la puerta era el que devolvía á su familia á Roland en compañía de sir John.

Tan distantes estaban los habitantes del castillo de aguardarle, que, segun hemos dicho, estaban apagadas todas las luces, reinando la mas completa oscuridad, aun en la ventana de Amelia.

Desde alguna distancia no habia cesado el postillon de hacer chasquar el látigo; pero este ruido era insuficiente para despertar á los que dormian con el primer sueño.

Detenido el coche, abrió la portezuela Roland, y púsose en tierra de un salto asiéndose al cordon de la campanilla.

Inútiles fueron todos sus esfuerzos durante cinco minutos,

después de los cuales abrióse una ventana y una voz infantil, aunque robusta, gritó:

— ¿Quién llama? — Ah! eres tú, Eduardo? dijo Roland, abre pronto.

Hízose atrás el niño dejando escapar un grito de alegría y desapareció. Oíase, empero, su voz gritando por los corredores:

— Mamá! levántate, es Roland; hermana! levántate, es nuestro hermano.

Precipitóse luego á la escalera en camisa y con sus pantallos, gritando:

— Aguarda un instante, Roland! ya voy! ya voy!

Oyóse en seguida la llave dando vuelta en la cerradura, correrse los cerrojos, apareciendo luego una figura blanca, volando, mejor que corriendo, hácia la verja, que girando también sobre sus goznes, quedó abierta de par en par.

Saltó el niño al cuello de Roland, quedando asido á él un buen rato.

— Ah! hermano! Ah! hermano! gritaba abrazando al joven, llorando y riendo al mismo tiempo. Ah! hermano mio, cuán contenta va á estar mamá, y Amelia también! todos estamos buenos, yo soy el que menos lo está; ah! excepto Miguel, sabes, el jardinero, que se ha dislocado un pié. Por qué no vistes de militar? ah! cuán feo eres vestido de paisano; ahora vienes de Egipto, no es verdad? me has traído las pistolas y el sable? no! Ah, bien! no quiero darte ningún abrazo; pero sí, sí, por esto te amaré siempre.

Y cubrió el niño de besos á su hermano, á medida que iba abrumándole con preguntas.

El inglés, desde el coche, miraba por la portezuela sonriendo, pensativo y cabizbajo.

En medio de estas caricias fraternales oyóse la voz de una mujer.

La voz de una madre!

— Dónde está mi Roland, mi querido hijo? preguntaba Mad. de Montrevel con voz tan conmovida por la alegría que casi parecía dolorosa; dónde está? Es verdad que ha vuelto? Es verdad que no ha sido hecho prisionero? Qué no le han muerto? Es verdad que vive?

Al oír esta voz desprendióse el niño de los brazos de su hermano, corriendo hasta su madre:

— Por aquí, mamá, por aquí! dijo tomándole la mano y conduciéndola, medio vestida, hasta Roland.

A la vista de su madre no pudo dominarse Roland; sintió derretirse aquella especie de hielo que parecía petrificado en su pecho; latía su corazón, que á pesar de todo era el de un buen hijo.

— Ah! exclamó, soy verdaderamente ingrato con Dios; cuando la vida me ofrece aun tan dulces emociones....

Arrojóse sollozando al cuello de Mad. de Montrevel, sin acordarse de sir John, quien, perdida también su flema anglicana, se enjugaba silenciosamente las lágrimas que caían por sus mejillas y velaban su sonrisa.

El niño , la madre y Roland formaban un grupo adorable de ternura y felicidad.

De repente el Eduardito , como una hoja impelida por el viento , separóse del grupo exclamando :

— Y Amelia ! dónde está pues ?

Lanzóse de nuevo á la casa , repitiendo :

— Amelia ! hermana , levántate ! corre !

Y al mismo tiempo se oían los golpes que , con piés y manos , daba el niño á una puerta.

Después de un corto silencio volvióse á oír la voz de Eduardo , gritando :

— Socorro , mamá ! socorro , Roland ! Amelia está mala !

Mad. de Montrevel y su hijo corrieron hácia la casa ; sir John , que , como buen viajero , iba provisto de lancetas y tenia constantemente en su bolsillo el pomito de sales , apeóse , y obedeciendo á un primer movimiento , adelantó hácia la puerta.

Detúvose no obstante , recordando que no habia sido presentado , formalidad siempre imprescindible para un inglés.

Por otra parte , presentóse en aquel momento ante sus ojos la que queria él ir á socorrer.

A los reiterados golpes de su hermanito , habia por fin Amelia abierto la puerta ; pero la impresion que le causó la noticia del regreso de Roland habia sido sin duda tan viva , que después de haber bajado casi maquinalmente algunos escalones , haciendo un supremo esfuerzo sobre sí misma y

exhalando un profundo suspiro , como una flor que cierra sus hojas , cual una rama que se separa del tronco , cayó , ó por mejor decir , dejóse caer en la escalera.

Entonces fue cuando el niño dió la voz de socorro.

Pero al oír este grito , Amelia , que habia recobrado sino la fuerza la voluntad al menos , levantóse confusa y abatida , balbuceando :

— No grites , Eduardo , no grites , en nombre del cielo ! ya te sigo. Apoyóse con una mano en el pasamano y con la otra en el hombro del niño , concluyendo así de bajar la escalera.

Al pié de ella encontró á su madre y á su hermano , á cuya vista con un movimiento violento , casi desesperado , echó sus dos brazos al cuello de Roland , exclamando :

— Hermano mio ! hermano mio !

Sintiendo Roland el peso de su cuerpo casi desmayado , gritó :

— Va á desmayarse ; saquémosla al aire ! Y tomándola en brazos , la llevó hasta el umbral de la puerta.

Este era el nuevo grupo , diferente , aunque no menos tierno que el primero , que se presentó á los ojos de sir John.

Al contacto del aire , abrió Amelia los ojos y levantó la cabeza.

Sir John dejó escapar un grito de admiracion ; jamás habia visto estatua tan perfecta , como el mármol viviente que se ofrecia á su vista.

Fuerza es decir que Amelia estaba maravillosamente encantadora.

Vestida con una larga bata de batista, que permitía admirar en todo su primor los graciosos contornos de un cuerpo modelado sobre el de la antigua Polymnia, ligeramente recostado su pálido rostro sobre el hombro de su hermano, cayéndole sobre los nevados hombros su hermosa cabellera de oro; pasado su brazo, primorosamente torneado, alrededor del cuello de su madre, dejando ver sobre el chal encarnado que cubría á Mad. de Montrevel una mano de alabastro: tal era la hermana de Roland, apareciendo á la vista de sir John.

Un nuevo grito de admiracion salió de la boca del inglés.

Al oírle acordóse Roland de que estaba allí, apercibiéndose tambien Mad. de Montrevel de la presencia de un desconocido.

Por lo que hace al niño, extrañado de ver en su casa á una persona que no habia visto hasta entonces en ella, adelantó hácia la reja, deteniéndose allí, no por temor de pasar adelante, sino para no perder de vista aquel extranjero.

—Quién sois, caballero? preguntó á sir John; qué haceis aquí?—Querido Eduardo, contestó sir John, soy un amigo de vuestro hermano, y os traigo las pistolas y el sable que él os habia prometido.—Dónde están? preguntó el niño.

—Ah! dijo sir John, están en Inglaterra, es necesario aguardar á que lleguen; pero aquí está vuestro hermano, que responderá por mí, asegurándoos que soy hombre de palabra. —

Sí, Eduardo, sí, dijo Roland; si milord te lo ha prometido, puedes contar con ello.

Dirigiéndose despues á Mad. de Montrevel y á su hermana:

—Dispensadme, mamá; dispensadme, Amelia, dijo; ó mejor, interceded para que milord me dispense; al veros me he portado con milord como un ingrato.

Dirigiéndose luego á sir John y tomándole la mano:

—Mamá, prosiguió Roland, milord ha encontrado medio de prestarme, al primer dia que me ha visto, y cuando aun no me conocia, un servicio eminente; sé que lo agradeceréis tambien con todo vuestro corazon, tratando á sir John como uno de mis mejores amigos, á lo cual corresponderá él por su parte consintiendo en fastidiarse á nuestro lado quince dias ó tres semanas. — Señora, dijo sir John, permitidme que no repita las palabras de mi amigo Roland: no solo quince dias, no tres semanas desearia yo pasar en el seno de vuestra familia, sino mi vida entera.

Mad. de Montrevel tendió á sir John la mano, que este besó con una galantería verdaderamente francesa.

Volvióse sir John hácia Amelia, que al verse descompuesta delante de un extranjero, ciñó al cuello ruborizada los pliegues de su bata.

—Os hablo en mi nombre y el de mi hija, demasiado conmovida aun por el regreso inesperado de su hermano, para poder manifestaros toda su consideracion, como hará muy

en breve, añadió Mad. de Montrevel saliendo al auxilio de su hija.—Mi hermana, dijo Roland, permitirá que mi amigo sir John le bese la mano; y él aceptará, espero, esta prueba de confianza como el medio mas expresivo de darle la bienvenida.

Sin contestar Amelia levantó lentamente el brazo, tendiendo la mano á sir John con una sonrisa casi dolorosa.

Tomó el inglés la mano de Amelia, pero encontrándola helada y temblorosa, en lugar de llevarla á sus labios:

—Roland, dijo, vuestra hermana está gravemente indispuesta, no nos ocupemos esta noche mas que de su salud; yo tengo algo de médico y si se dignase trocar el favor que me dispensaba con el permiso de que le tome el pulso, quedaria igualmente reconocido.

Mas, como temiendo que adivinasen la causa de su indisposicion, retiró Amelia vivamente la mano, diciendo:

—No, milord se equivoca, la alegría no puede producir una enfermedad grave; únicamente la satisfaccion de ver á mi hermano ha sido causa de esta momentánea indisposicion que ya ha desaparecido.

Volviéndose luego á Mad. de Montrevel:

—Mamá, le dijo con acento entrecortado y casi febril, nosotras olvidamos que estos caballeros llegan de un largo viaje, y que desde Lyon no han tomado probablemente cosa alguna. Si Roland conserva el buen apetito que tenia antes, no llevará á mal que encargándoos vos sola de hacer los ho-

nores de la casa, me ocupe yo de los preparativos, poco poéticos, pero indispensables, que requiere su situacion.

Y dejando efectivamente sola á su madre, fué Amelia á llamar á las doncellas y al criado, quedando sir John con aquella especie de recuerdo hechicero que dejaria en el ánimo de un viajero que descendiese por las márgenes del Rhin la aparicion de la Lorelay, sentada en su roca con la lira en mano, flotando su cabellera de oro agitada por el viento de la noche.

Durante este tiempo volvió Morgan á montar á caballo, y tomando el camino de la Cartuja, detúvose delante de la puerta. Arrimándose á ella cuanto pudo, arrancó una de las hojas de su libro de memorias, escribió con un lapiz algunas palabras, y rollando luego el papel le introdujo por la cerradura sin apearse.

Metiendo luego espuelas, é inclinándose sobre las crines del noble animal, desapareció por el bosque, rápido y misterioso, como Fausto al volver á la montaña de Sabbat.

Las tres líneas que habia escrito decian lo siguiente:

Luis de Montrevel, ayudante de campo del general Bonaparte, ha llegado esta noche al castillo de Fuentes-Negras.

Alerta, compañeros de Jehú!

Pero al mismo tiempo que prevenia á sus amigos se resguardasen de Luis Montrevel, habia Morgan trazado una cruz

encima de su nombre, lo cual significaba que la persona del jóven oficial habia de ser siempre y en todos casos para ellos sagrada.

Cada uno de los compañeros de Jehú podia poner á salvo de las persecuciones de la compañía á un amigo, sin necesidad de manifestar los motivos que le movian á hacerlo.

Morgan usaba de su privilegio, tomando bajo su amparo al hermano de Amelia.

VI.

El Castillo de Fuentes-Negras.

El castillo de Fuentes-Negras, al cual acabamos de conducir dos de los principales personajes de esta historia, estaba situado en una de las mas agradables posiciones del valle donde se levanta la ciudad de Bourg.

El parque, de una extension de cinco ó seis fanegas, plantado de árboles centenarios, se hallaba cercado por los tres lados de una pared que tenia en la parte anterior una elegante verja de hierro, primorosamente labrada á usanza del tiempo de Luis XV, y por el otro del riachuelo de la Reyssousse, cuyas cristalinas aguas, naciendo en Journaud y corriendo de Mediodía á Norte con sosegado curso, se precipitan al Saona en el puente de Fleurville, frente Pont-de-Vaux, patria de

Joubert, quien un mes antes de la época á que hacemos referencia fué muerto en la fatal batalla de Novi.

Mas allá del Reyssousse, y casi á sus mismas márgenes, extiéndense á derecha é izquierda del castillo de Fuentes-Negras los pueblos de Montagnat y San Justo, dominados por el de Ceyseriat.

Tras esta última poblacion véanse delineadas las caprichosas cumbres de los cerros del Jura, por sobre los cuales asomaba la azulada cordillera de las montañas de Bugey, que parecen levantarse para mirar curiosamente, por encima de sus hermanas inferiores, lo que pasa en la llanura del Ain.

Ante este encantador panorama despertó sir John.

Por la vez primera quizás presentábase risueña al flemático y taciturno inglés la naturaleza: parecióle hallarse en uno de aquellos hermosos valles de Tesalia, celebrados por Virgilio, ó en las encantadoras riberas del Lignon, á que dió eterno renombre el inspirado cantor, cuya casa natal, al decir de los biógrafos, cayó arruinada á tres cuartos de legua del castillo de Fuentes-Negras.

Vino á distraerle de su contemplacion el ruido de tres golpecitos dados suavemente á la puerta; era Roland que venia á preguntarle cómo habia pasado la noche.

Encontróle radiante como el sol que se levantaba sobre las hojas ya amarillentas de los castaños y de los tilos.

— Oh! oh! sir John, le dijo, permitid que os felicite; creia encontrar un hombre triste como esos pobres cartujos